

## Gratitud en todo momento

«Señor, mi Dios: ¡no puedo quedarme callado!  
¡siempre te daré gracias!». Salmo 30: 12, RVC

La palabra «gratitud» se interpreta generalmente como acción de gracias, tributo, alabanza, confesión....

En Jeremías 33: 11 dice: «Volverá a escucharse la voz de gozo y de alegría, la voz del novio y de la novia, la voz de los que dicen: "¡Alabemos al Señor de los ejércitos, porque el Señor es bueno, porque su misericordia es eterna!", la voz de los que traen a mi casa ofrendas de acción de gracias. Porque yo haré que cambie la suerte de esta tierra, la cual volverá a ser lo que antes fue. Yo, el Señor, lo he dicho» (RVC).

La alegría inunda el corazón de Jeremías al oír hablar de lo que tiene en su corazón: la restauración de su pueblo y el renacimiento de la casa de David.

Cuando nos enteramos de una buena noticia, como una boda, un éxito en la escuela, un nacimiento... O cuando por fin suceden las cosas que tanto deseamos, sentimos tanta alegría y felicidad que lo expresamos de distintas maneras. Algunos saltan de alegría, otros chillan, otros se alegran y quieren compartirlo con todo el mundo.

Sin embargo, cuando Jesús es el centro de nuestras vidas, la primera persona a la que queremos dar las gracias es a él. Por eso nuestros corazones y nuestras mentes se llenan de cantos y salmos, de oraciones de agradecimiento y gratitud a nuestro Dios. Aunque solo sea por el oxígeno y la vida que tenemos, es suficiente para alabarlo y

mostrarle nuestra gratitud, porque sabemos que muchas personas hoy en día ya no tienen la oportunidad de hacerlo.

Es cierto que muchas situaciones nos llevan a olvidarnos de dar gracias, a perder las ganas de dar gracias. Pero no importa lo que vean nuestros ojos. No importa lo que oigan nuestros oídos. No importa lo que sienta nuestro cuerpo, nunca olvidemos que Dios nos ama y que somos como la niña de sus ojos.

Todos los hijos de Dios son preciosos a los ojos del Señor, nuestro Padre. El Señor no dudó en cambiar a su propio Hijo Jesucristo por nosotros en la cruz del Gólgota. Jesucristo nos redimió y pagó el precio por nosotros, y ahora le pertenecemos.

En los momentos difíciles, en el desierto, en la soledad, en la desesperación, en el desánimo, el Señor no nos abandona; al contrario, viene a nosotros, nos escucha, nos habla, salva y libera. ¡Qué alegría poder contar con alguien las 24 horas del día! Nunca hay inconvenientes, ni horas intempestivas, ni posibles molestias. Él está siempre disponible.

Nuestra forma de vida como hijos de Dios ha de ser alabarlo sin cesar como hizo David: «Señor, mi Dios: ¡no puedo quedarme callado! ¡siempre te daré gracias!» (Salmo 30: 12, RVC).

---

Sidhwa Quinresse.